

Romañach y la convalecencia

MSc. Delia Ma. López Campistrous
Curadora

Conquistas, guerras, hambre, muerte... la apocalíptica percepción de la transitoriedad de la existencia humana ha sido un tópico recurrente de las artes visuales a lo largo de su historia. En Cuba, durante el cambio de siglo del XIX al XX, el drama de la enfermedad y la obra de misericordia de cuidar al enfermo fue una línea temática que centró las búsquedas iniciales del maestro Leopoldo Romañach Guillén (1862-1951). Seis importantes composiciones enmarcadas entre 1891 y 1912 tuvieron esta filiación filantrópica con la que obtuvo sus primeros lauros en la arena internacional: *Nido de miseria* (1891), *La convaleciente* (1895), *Abandonada* (1903), *La promesa* (1910), *La última prenda* (1911) y *Cumpliendo el voto* (1912); piezas cargadas todas de un tardo romanticismo temático y del tenebrismo que impregnó al artista durante su aprendizaje en Roma.

Destaca en este ciclo *La convaleciente*, que fue el cuarto y último envío de pensionado de Romañach a la Diputación de Santa Clara, para demostrar los avances de sus estudios en la Ciudad Eterna. El convaleciente es un modelo decimonónico ampliamente tratado en las creaciones del simbolismo y el decadentismo, como reducto de la creación artística donde afloraron miserias humanas, entornos íntimos y de penumbra que buscaban acentuar el cansancio físico y espiritual de personajes abatidos, como secuela de la industrialización y la modernización acelerada de la sociedad finisecular. Allí encontraron cabida la heroica desdicha, las actitudes modélicas, los contrastes extremos.

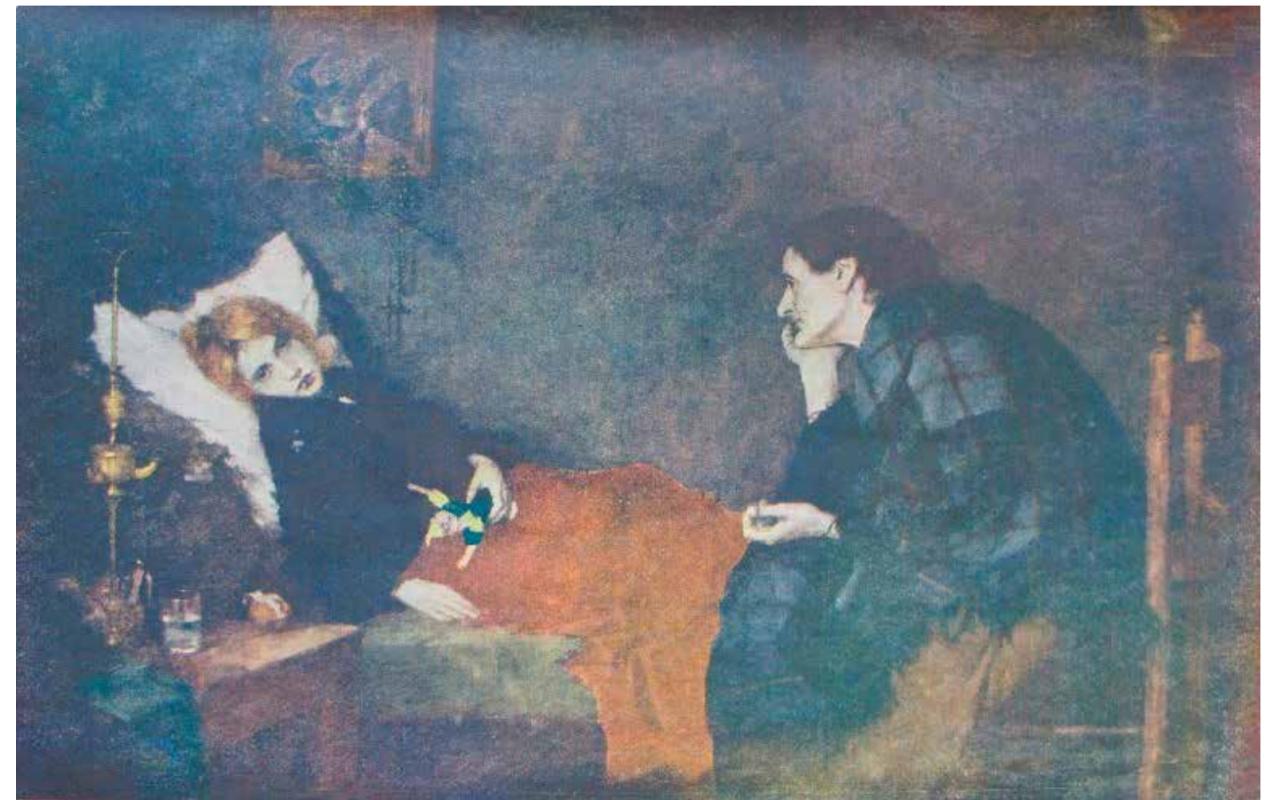


Retrato del Sr. Leopoldo Romañach por Jaime Valls (Publicado en: *El Fígaro*, Año XXVI, No. 13, 27 de marzo de 1910)

Mientras buscaba una modelo para su trabajo, el entonces joven artista se encontró en Roma un drama que lo conmueve: una abuela con rostro de santa Ana –como diría años después en una entrevista–, contemplaba arrobada a una pequeña niña enfermiza que abrazaba tristemente su juguete. Y por primera vez, el artífice se enfrentó a uno de los conflictos que más le preocuparon en su carrera: la modelo. La dificultad de encontrar el perfil perfecto, se agrava cuando se trata de alcanzar la expresión íntima y física de apesadumbrada introspección. En esta búsqueda, tres criaturas posarían para la figura infantil, hasta que Romañach consiguió a la propia chica convaleciente que le inspiró el cuadro. Otro tanto sucede con la figura adulta: para la abuela modeló primero la posadera de la Casona de Montecitorio, residencia de artistas donde se había refugiado el cubano; hasta que localiza en el Mercado de la Piazza del Popolo a una vendedora de cerillas quien sería su arquetipo final. Los artistas Ramiro Trigueros, Villegas Cordero, Paolo Michetti, Antonio Mancini y Césare Maceri, quienes compartían hospedaje con el isleño, vieron surgir ante sus comentarios y sugerencias, el milagro. El paisajista español Martín Rico y Ortega (1833-1908) en visita al estudio de Romañach, colaboró con el detalle del rosario que cuelga en el muro de la buhardilla junto a una litografía de asunto religioso, acentuando la inspiración espiritual de la escena. Este elemento iconográfico resurgirá en otra pieza de este ciclo.

La Ilustración Española e Hispano-Americana de Madrid se hizo eco del éxito alcanzado por el cubano en Roma y reprodujo *La convaleciente* en sus páginas, registrando para la posteridad la composición. Años después, el cuadro sería recuperado tras el regreso de Romañach a la Isla, y se presentó a la Exposición Universal de París de 1900 donde alcanzó la Medalla de Bronce. El cubano secunda en el palmarés a otros grandes del arte pictórico, como Joaquín Sorolla y Bastida (1863-1923) quien se alzó con el Grand Prix del certamen por su cuadro *Triste herencia* (1899), que apela a la sensibilidad del espectador al tratar la asistencia a la infancia desvalida, solución subjetiva que pone en contacto los intereses temáticos de ambos creadores. Se dice que Benjamin Constant, presidente del jurado de Bellas Artes de la Exposición, exclamó: “¡Cuba tiene un pintor!”, al examinar los lienzos del envío de Romañach.

En similar línea de realismo social se inscribe la tercera composición mencionada, *Abandonada*: la madre joven que ha dejado un instante su labor para romper en llanto, tiene el hondo e irreparable dolor del infante sumido en el sueño de la fiebre y la pobreza. Con pincelada amplia, la morbidez que alcanzan las carnes de ambas figuras se construye plano sobre plano, con una belleza de angustia. En *Abandonada*, la desolación se acentúa con las paredes despobladas y el escasísimo mobiliario de la habitación de renta, que nunca llega a constituirse en hogar para una madre soltera sofocada por las deudas. La obra apenas llegó a conocerse en Cuba, pues viajó a la Exposición Universal de San Luis, Louisiana, en 1904, junto a *La convaleciente* y otros cuadros producidos entre Roma y La Habana. El envío de Romañach obtuvo en ese certamen la Medalla



La convaleciente



Abandonada

de Oro compartida en igualdad con Sorolla, en cuya remesa sobresale *Otra Margarita* (1892), de similar inspiración dramática. Una “vía de agua” –dijo la prensa–, hizo naufragar el barco que debía devolver las obras laureadas; dejando al artista sumido por igual entre el agri dulce perfume del éxito y la pérdida.

Durante años Romañach se refugió en la enseñanza y convirtió su cátedra de colorido en un hervidero de experimentación. Cuando ya se encontraba en pleno tanteo de la luz y de los procedimientos de la tricromía, el maestro decidió incursionar nuevamente en la agónica senda del sentimiento, y emprende los últimos lienzos de su etapa patética. *La promesa* de 1910, inicia el asunto de la joven enferma que arrastra su sillón de ruedas a los pies de un altar y, sin fuerzas, aferrada al rosario, pide por la curación de su cuerpo con lágrimas calladas. Dos años después, se cierra la narrativa con la peregrinación a la ermita lejana sosteniendo ese Cristo enorme ante el que hizo su juramento. La palidez emotiva y la expresión aguda en la mirada ojerosa de la modelo, abaten toda juventud en esta eterna convaleciente que parece rezar con un verso de Heredia: “... así del hombre / pasan volando los floridos días, / y despierta al dolor...”. *Cumpliendo el voto* (1912) muestra, como el resto de las piezas del ciclo, esa propensión a los ocres sombríos, a la atmósfera que difumina los contornos y a esos fondos, tan espontáneamente inacabados, que terminarían siendo un sello distintivo en la pintura del maestro.

La promesa y *Cumpliendo el voto* capturaron la atención de un comité de expertos de la American Federation of Arts en la Exposición Internacional de Panamá y el Pacífico, celebrada en San Francisco, California (1915), donde Romañach se alzó con la Medalla de Honor. El Carnegie Institute de Pittsburgh le propuso comprar los lienzos bajo magníficos términos económicos, pero el premiado maestro declinó la oferta pensando en el legado que debía a Cuba. Hoy, el Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana posee en sus fondos cuatro de los seis grandes lienzos que formaron este ciclo; los otros dos naufragaron en el percance del río Mississippi en 1904.

La sensibilidad que despiertan estas composiciones, adquieren ese sentido eterno del arte en estos difíciles años de pandemia. La sublime piedad, la pasión fiel de quien asiste al prójimo enfermo, los recursos espirituales en que se apoya el ser humano para rebasar la enfermedad, son experiencias vívidas de tiempos de epidemia; pero también nos recuerdan que convalecer es una travesía hacia el término de la borrasca. “¡Voilà un artiste!” –escribió el crítico Jesús Castellanos para elogiar a Romañach–; he ahí un tema, pudiéramos reflexionar hoy y avizorar el final del túnel a través de las creaciones de ese ya lejano, pero aún, Cambio de Siglo.



La promesa



Cumpliendo el voto

